

Que sea una Navidad de caridad

por fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap

«**C**aritas Christi urget nos» (2Cor 5,14). «El amor de Cristo nos posee». Nunca como en este período estamos llamados a volver a descubrir esta verdad que nos ha revelado el Apóstol de las gentes. En un contexto en el cual las manos extendidas para pedir ayuda se vuelven más numerosas, el Niño que yace pobre en un pesebre nos invita a que nos hagamos prójimo hacia el necesitado, aunque nos cueste algún plato exquisito de menos en las cenas de Navidad y en el Fin de Año o nos impida colocar bajo el árbol todo aquello que nos gustaría regalar a nuestros seres queridos. Además, en un período en el que la lógica del poder y de la posesión siembra odio, guerra y muerte, las historias evangélicas de la noche santa de Belén nos exhortarán a custodiar y a conquistar un bien precioso que nos ha sido regalado con la encarnación, exaltado por un coro de ángeles que hace dos mil años cantaba: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él» (Lc, 2,14), a cuya voz nos unimos también nosotros, en las Celebraciones eucarísticas, en una ideal comunión que supera las barreras del espacio y del tiempo. También la paz

tiene un costo y tanto precio que pagar: el coraje de la verdad, el orgullo que hay que frenar, la capacidad de perdonar. No es fácil, pero tampoco imposible. Solo hay que ir a la ventanilla del “banco del Amor”, que se encuentra en los sagrarios de todas las iglesias y donde no se aplica la ley del préstamo para obtener un beneficio, sino la ley que aplica el don que multiplica el bien y nos enriquece a todos. Difundir este mensaje, que se irradia desde el punto alfa de la historia, es decir, desde la irrupción de la omnipotencia del Divino en la caducidad del hombre, acontecida cuando el Verbo se hizo carne, es la misión de la Iglesia. No solo de los ministros ordenados, sino de cada miembro del Cuerpo místico de Cristo. Sin querer desconocer, concretamente, la indiscutible e incuestionable necesidad de negociaciones diplomáticas para encauzar el fin de los conflictos actuales, no podemos desestimar la importancia y la eficacia del arma más potente que tenemos para parar la lógica de las armas: la oración. Nos lo recuerda a menudo el Papa Francisco. Y estaba firmemente convencido también nuestro santo hermano Pío de Pietrelcina que, poco después de la entrada de Italia en la Primera Gue-

rra Mundial, exhortaba: «Confiemos siempre en Dios (...) y, junto a esto, nos ayuden la fe viva y los consuelos de la cristiana esperanza, y recemos siempre y la paz no tardará en hacer sonreír a las naciones. Hemos dirigido el pensamiento hacia el cielo, la verdadera patria nuestra, de la cual la tierra no es más que una apagada imagen y esforcémonos, con la divina asistencia, por conservar, en cada evento alegre o triste, aquella serenidad y aquella calma que corresponde a los verdaderos secuaces del Rubio Nazareno» (Epist. I, p. 596). Por esto, durante las próximas fiestas de Navidad, haced y hagámonos regalos importantes. Regalémonos la alegría que se siente cuando se hace un acto de caridad y regalemos lo que podamos a quien lo necesita: una ayuda material a quien no tiene lo necesario para vivir y una ayuda espiritual, a través de nuestras súplicas al Señor, a quien espera con ansia el amanecer en el que poderse despertar sin el terror de haber llegado al último día o de no poder volver a ver a los seres queridos.

¡Feliz Navidad de paz y de todo bien!



© derechos reservados

